

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La subscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.  
Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París. Mr. A. Lorella, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jernsalmser Strasse, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

### La curación de un partido

Alejado del partido liberal Don José García Vaso, la interior satisfacción de los elementos que integran aquél, ha renacido.

Era el Sr. Vaso, el eterno descontento, el sembrador de cizaña que se iba extendiendo a todos los ánimos, fuerte de desuniones, que alentaba para mejor dominar, para ser el primero, para ser único. El Sr. Vaso no concebía que otro que no él, pudiera ser la más preeminente figura del partido y así por personal ambicioso, por soberbia desmedida, combatió con saña válido de muy poco decorosos procedimientos al Sr. Payá, cuyos prestigios produjeron el milagro de unir en pocas horas, fuerzas y agrupaciones que la discordia había separado.

Va que el Sr. Vaso no ha hecho jamás política de ideas, ni sus propagandas han tenido otra finalidad que la del megró personal, incompatible con cualquier género de sumisión ó disciplina.

No ha tolerado ni aún el consejo que ilustra, ni permitido que en sus actos y en su gestión, pudiera intervenir inspiraciones ajenas, y por eso, cuantos de buena fe, estuvieron momentáneamente a su lado, tuvieron que alejarse con tanta presteza como asco, convencidos de que lejos de estimarse su cooperación eran tenidos como inoportunos fiscales.

Y el Sr. Vaso, no puede admitir la fiscalización ajena, porque sabe que a poco que esta, llegue a profundizar, quedarían al desnudo por entero la podredumbre política en que constantemente ha vivido.

El Conde de Romanones, lo apoyó, y bien pronto tuvo que sufrir las consecuencias de su equivocación.

El general Aznar, su garantía de antes, igualmente se vió en la necesidad de abandonarlo a su vesania.

Don Isidoro Calín, le ayudó desinteresadamente con su caudal y su esfuerzo, y el señor Calín es hoy el más irreducible enemigo de Vaso.

Don Joaquín Payá, le favoreció con los votos de Caravaca y Mazarrón, y contribuyendo de modo esencial a su triunfo en las elecciones, y a poco el señor Vaso emprende contra el señor Payá, la innoble y asquerosa campaña que todos recordamos.

Martínez Muñoz, Ceño, Ortuño, Ferrero... Todos ayudaron al señor Vaso, y hoy están, por él, siendo objeto de agravios y escarnecimientos inauditos.

Y es que el señor Vaso, en su pequeñez, cree ver en cuantos le rodean, la sombra que puede nublar su entendimiento, y quiere ser solo.

Solo, para mejor engañar a las masas que en su incultura no están en posición de comprenderle. Sin fiscales, sin censores, sin consejeros, no admitiendo a su inmediata relación más que un espejo de su propia personalidad, que ha aprendido a postularse humillante ante él, renunciando a toda personalidad.

Por eso don José García Vaso, ni ha querido, ni hubiera podido nunca formar un partido político.

Y por eso hoy, el partido, liberal de Cartagena, que ha sabido curar esa gangrena que lo consumía, respira satisfecho y esta de enhorabuena.

### Un crimen

Madrid 14-9 m.

En una aldea, cerca de Padrón, (Coruña), ha aparecido estrangulada una rica solterona, llamada Manuela Cordeira.

Creaba fama de ser avarienta. Los muebles de la casa aparecieron desordenados y los cajones y baules abiertos.

Estaban removidas las maderas y baldosas del suelo.

Cuatro individuos han sido encarcelados como sospechosos.

DE EXTRANJEROS.

### ¡Jam fedet!

(Romance en cinco cantos estapendidos, dedicado a la memoria del segundo alcalde blouquista)

### El muerto al hoyo.

V de Apolinarrio ¿qué? Pues de Apolinarrio, ná. ¡Tantos días putrefacto! ¡Lo debemos enterrar! Muele a podrido y a queso. ¡Oh, qué descompongo está! Va es pasto de los gusanos; el hedor asfixia ya. Un cadáver inhumado, a la fuerza ha de aparecer. Llamemos a los terratenientes de la Paz y C... ¡Anda, y que...!

si lo pueden soportar! Nosotros lo padecemos bastante. ¡Descanse en paz! Dispongamos el entierro y después, el funeral. Aquel será de primeral y éste, solemne será. Entierro civil, es claro, sin el clero parroquial; y en vez de cruz, en la Caja, se pondrá una C y dos ads ¡Fuera miseriosos: ni cirios, ni cirial! Basta con los cuatro gatos y su meloso papá. No es higiénico, ni es sano, ni es prudente, ni es moral, la momia de un farolero entre vivos conservar. Que se lo trague "la tierra", ya que le gusta el tragar. Sepultureros, venid, y al dandy Alfonso enterrad. Más no emprendáis la faena, no caveis el hoyo más. Es digno, más, del diunto sus tiernos restos quemar. ¡Oh cenizas venerandas de un alcalde popular, dormiréis el sueño eterno cabe el monte de Roldán! ¡Incineremos del mártir la atlética humanidad, y de Avedillo a la víctima, dediquémosle un cantar! Planhideras aigualadas...

¡Con perfumes y con bálsamos te hemos de purificar, para que la llama encuentre pasto a su voracidad! ¡Con agua clara de melvas lo debemos de lavar, siguiendo la usanza hebrea que es costumbre original! ¡Su féretro rodeemos por delante y por detrás, y hasta por ambos costados le habremos de bloquear! ¡Con el ataúd en medio de ese círculo infernal, avante la comitiva desfilándose a compás! ¡El sabio presida el duelo, sin siquiera pestañear, como una estatua sin alma que corre a la oscuridad! ¡Que ningún perro atrevido turbe la solemnidad, rompiendo el cordón de carne en que se ha de aislar! ¡Ay! si atraviesa las filas...

algún amaestrado cán, el muerto volverá a casa y a lavarlo volverán! En los judíos es práctica, y yo la quiero implantar, para oprobio de cristianos y algarazá general! Lleguemos al campo laico: llegó el momento fatal, Preparémosle la pira, tostémosle sin piedad. ¡Aventamos sus cenizas! Las debemos reservar y darle digno sepulcro en un vaso de cristal.

### Competencias profesionales

#### PROHEMIO

Vuelven los tiempos felices de Calvo y Vico, de Cánovas y Sagasta, de Lagartijo y Frascuelo, de Cano y Echeagaray, de Gayarre y Tamagno, de Manterola y Caste ar. Ya tenemos para regocijo de bastardos y estímulo de neófitos, campañas sangrientas a favor de Cana'ejas ó Maura, de Machaquillo ó Vicente Pastor, Thuiller ó Méndozá, de Titta Ruffo ó Stracciari, de Benavente ó Martínez Sierra, de García Vaso ó Rodríguez Valdés...

Esto soñaba yo anoche, en brazos de Morfeo, el Dios más cómodo del Olimpo; y ya despierto vuelvo a mi tema con sobra de brics y acopio de argumentos.

Las competencias parecen incomprendibles. ¿No hemos quedado en que las comparaciones son odiosas; y en que los conceptos de lo mejor, lo óptimo, lo bueno, lo regular, lo malo y lo pésimo son puramente relativos, subjetivos, restrictivos y primitivos?

¿Porqué los eunucos de todos los partidos, de todas las sectas y de todas las profesiones, implantan el pernicioso sistema de atabar a sus excelsos titulares y graciosos abogados a costa del honor, de la fama y de las excelencias de sus contrarios y rivales? ¿Es ley natural que engordemos unos a cuenta de otros? ¿Ha de reducirse el pellejo con el brillo del despiden en tiras de ajeno?

¿El pedestal de mi estatua de gloria se cubre con el polvo de la murmuración, regado con la sangre de mis semejantes?

¿Hé de matar a mansalva, calumniar a destajo, infundir a sueldo, exonerar a salario, para que mi humilde personalidad adquiera fúidico relieve, y viva del esplendor, robado a mis enemigos? Es necesario alimentarse de carne muerta y corrompida por nuestra misma envidia infecciosa: como afirma Campoamor, en el festín universal sólo hay dos extremos: comer ó ser comidos; y pues el instinto se aferra a la vida, engullamos sin tardanza y sin remordimiento los manjares sabrosos codimentados por la maledicencia y la perfidia. En todo entierro es preferible figurar en el pomposo é indiferente acompañamiento, a desempeñar el impositivo papel del cadáver concluido en lujoso féretro.

Declaremos que la competencia es noble, es grande, es precisa: germen de progreso, señal de lucha y por lo tanto de vida, timbre de inmortalidad y prego de energía.

Con aspiraciones a su justa medida, las aspiraciones generosas, a la perfección y a la suprema, a dominio y a la dictadura. Vivamos en sociedad, sin estorbarnos mutuamente: vétemos todos alas y aire para volar; unos como las aguilas caudales, habitan siempre las alturas, se remontan en la inmensidad del espacio, y se pierden de vista en el manto azul del cielo; otros, más modestos y rasiteros, menos atrevidos, y ambiciosos, se contentan como los gansos, con caminar pacíficamente, sobre la tierra firme para ejemplo de panchistas y tumbónes.

Las competencias profesionales son lícitas y fecundas, cuando el ingenio preside el torneo, y la justicia distribuye las recompensas. Entonces, el triunfo legítimo é indiscutible, es estímulo de la voluntad, acicate de la inteligencia, espuela de la imaginación y anticipo de la gloria imperecedera. Y la derrota, con todas sus negruras es honrosa, y equivale en ocasiones, a las banderillas de fuego, que convierten en fierá brava a la res mansa é inofensiva.

En el crisol de la discusión y en el alambique de la controversia, se depuran las cuestiones más arduas y se espiritualizan los más asquerosos materialismos. La escoria, el detritus, las heces, lo pánico, lo inmundo, se separa del más precioso ó del cuerpo purificado, del mismo modo que en una división exacta, descomponemos el dividendo en sus dos factores, uno sólido y en un número ínfimo que llamamos residuo.

Sin talento y sin buena fé, las competencias profesionales, se convierten en refidero de gallos, en concurso de perturbados, y en duelo de matones. ¿Plumas ó lanzas? —preguntan los barateros.

Plumas a domicilio para la prensa energúmena; lanzas y rejonas para caballeros en Plaza, opositores a cátedras y aspirantes malogrados a Jefaturas políticas, locales, provinciales ó nacionales.

Y con lo dicho me escurro por el forp, y queda para mañana el estudio del tema en su aspecto cómico irrisor-fantástico.

Buona sera, mio signore.

### Las regatas

Madrid 14-9 m.

Telegrafían de San Sebastián que la bahía de la Concha presentaba un animadísimo aspecto en el momento de las regatas.

Todos los balandros estaban preparados para tomar parte en las regatas.

A las nueve y media se dió la salida a los balandros.

El rey embarcó en el "Hispania."

Un gentío inmenso presenció la salida desde el muelle y puntos estratégicos.

Llegaron felizmente a Guetaria, donde se celebró un banquete.

### EL REGALDE

Como digimos, ayer se efectuaron las últimas pruebas de este carácter y terminadas éstas fué entregado a la marina de guerra.

Las pruebas consistieron en apreciar las condiciones evolutivas del buque, tiempo que tardaba en parar a distintas velocidades, y en retroceder en marcha. Y tanto estas como todas las que se vieron para demostrar sus cualidades marineras, tuvieron un resultado maravilloso.

El cañonero fué dirigido por el jefe del material flotante de la sociedad Española de Construcción Naval, Dou Enrique de Guzmán, y asistieron a sus maniobras, los ingenieros Sres. Mazón y M. Reeves y el jefe de Contabilidad M. G. Anderson, por parte de la sociedad constructora, y toda la oficialidad del nuevo buque acompañada del comandante General del Apostadero

¿Podía yo decirle que era la ruina de mi padre, la muerte de su mujer, sus traiciones y sus hipocresías? No; el salón del emperador no era a propósito para saldar cuentas de familia. Me contenté con levantar los hombros sin contestar.

—En fin, estoy desolado—suspiró.—Tenía los mejores propósitos hacia vos. Hubiera podido ayudar vuestro ascenso. Pocos hombres en Francia tienen más influencia que yo sobre el emperador. Tengo, antes que os deje, una pregunta por dirigiros.

—¿Cuál, tío mío?  
—Esta—dijo después de algunos segundos de dudo:—Hay en Grosbois algunas objetos que pertenecían personalmente a vuestro padre, su espada, su sello, su tabaquera, un mueblecito llano de cartas; creo que os gustaría tenélos...

Asentí con una inclinación de cabeza.

—Os invito, pues, hijo mío, para venir a Grosbois y elegir los bibelots que os queráis traer. No lo rehuséis porque me parecería mucho.

—¿Cuándo?—preguntó.  
Algo, en la expresión de su voz y de sus ojos color de barro, hizo surgir en mí una terrible sospecha. Me acordé de pronto de la advertencia de Sibyla.

—¿Que dice el en periodo de los funestos presentimientos de su madre?  
—La ignora, quizá... Bueno, Murat, cuando galoparéis a través de los campos de arena del duque de Kent?

Murat había venido a situarse enfrente de nosotros. Estrechó la mano de M. de Coulaincourt. El talle largo, la presencia majestuosa de este ex mozo de mesón, había bastado para atraer sobre él la atención. No habría estado fuera de sitio en ninguna asamblea de Europa. La masa de sus cabellos, negros y ensortijados, sus labios, rojos y gruesos, acaban de imprimir a su belleza un carácter varonil.

—Se pretende—dijo—que Kant es mal terreno para la caballería. Los caminos son buenos, pero los campos impracticables. ¡Ah! Espero que partiremos en breve, M. de Coulaincourt, si no nuestros hombres se harán jinetes, aprenderán a montar a cavar, y a regar, pero ya casi no saben montar a caballo y son pesados como un saco de cuando saltan a la silla. ¿Parece que el ejército se embarca, mañana?

—¡Sí! salvo que se cometa otro error como en la primera tentativa.—murmuró Coulaincourt.—Creo que, a menos que de Villeneuve no haga burla la escuadra inglesa, no sé por dónde se po-

Seguro de que encontraré amigos me metí en un rincón. ¡Cuál no sería mi sorpresa al sentirme pronto cogido por la manga de mi trefel Me volví y me encontré frente a frente del tío Beruc. Me tomó la mano, muy a su pesar, y me la estrechó con ese aire de falsa cordialidad que hacia nacer en mí una indecible sensación de disgusto.

—Mi querido Luis—dijo—por vos estoy aquí. Y como yo esbozaba un gesto de incredulidad:

—Sin duda—añadió—viviendo siempre alejado de París y de la corte no podía despreciar la ocasión de asistir a una recepción como ésta; pero os lo afirmo: lo que me ha decidido a venir es el deseo de conversar con vos. Parece que el emperador os ha acogido bien y os ha empleado en su servicio particular. Yo os había recomendado a su benevolencia y le había hecho comprender que, tratándoos con algunos miramientos, tal vez haría regresar a París a otros emigrados.

Yo estaba persuadido de que mentía. Sin embargo, me recibí, murmurando algunas palabras banales de agradecimiento.

—Veo que no habéis olvidado nuestra discusión del otro día—insistió; me guardáis rencor... Hacéis mal, mi querido Luis, pues yo os quiero sino vuestra felicidad, No soy joven, ni estoy bien; ocupo un puesto peligroso; es, pues, mi fortuna lo